

fogoso, fácil, original y característico, así en el dibujo como en el colorido; más simpático en sus apuntes callejeros, que en sus guerreros catalanes y sus personajes bíblicos, y en todo más admirable que en sus retratos, que no es posible recomendar bajo ningún concepto á la atención de los curiosos de sus comienzos, si no es para consignar cuán escasas eran las nociones de buen gusto que poseía entonces, nociones que requiere este género difícilísimo más que otro alguno. Dió, en suma, pruebas de lo que había de ser, á través de imprescindibles resabios, abrió á algunos nuevos horizontes con su estilo, en edad en que pocos le poseen propio, y partió á Roma aclamado como una esperanza á continuar sus estudios en más vasto campo.



IV.

ROMA!... ¡Qué indecible magia tiene esta palabra para el jóven artista que acaba de obtener el premio de pensionado! Roma, ciudad del alma, como la llama Byron; capital de dos civilizaciones, emporio de las artes, vastísimo museo de todas las grandezas! ¿Quién no la imagina como rico, deslumbrador arsenal de las obras más portentosas del ingenio artístico, que siglos enteros han admirado de rodillas? como fuente perenne de inspiración, con sus recuerdos venerandos de las épocas más brillantes de la historia? Bajo su cielo han florecido aquellos pintores en cuyo elogio se han escrito ditirámicas páginas, y á los cuales se ha llamado dioses mortales. ¡Qué dicha la de contemplar y ad-

mirar sus obras! En Roma el culto del arte se auna, además, con la libertad, la grata libertad de la vida artística! Un taller propio, una vida libre, obras maestras en donde aprender... y un porvenir de gloria. Porque llegar á Roma es sentar la planta en la primera grada de su templo; haber estado en Roma encarece el mérito del artista, y es hecho que consta como título en su biografía.

Y sin embargo ¡cuántas decepciones, apenas se han realizado sus vivos deseos y entra el pensionado en la ciudad eterna! Un criterio artístico absolutamente diverso del que engendra tan vagas esperanzas, reina en estos grandes centros, cuyos esplendores declinan. Para muchos, se ha desvanecido la aureola que circundaba las obras inmortales que son citadas como modelos en las escuelas. La mayoría de los artistas abandonan el cultivo del gran arte, por atender á los gustos y necesidades de nuestros días. Pululan en los talleres los traficantes en cuadros, y los aficionados á las composiciones de caballete, y con el cebo del lucro inmediato, crecen las deserciones y se olvidan los compromisos.

Semejante espectáculo ha de ejercer forzosamente irresistible influjo en el ánimo del recién llegado, y modificar radicalmente sus ideas, su criterio, sus propósitos. Bien pronto se apodera de él el espíritu

de independencia y desapego á la tradición reinantes. Bien pronto observa con extrañeza que no le satisfacen ni causan el esperado asombro las más ensalzadas obras de los más ricos museos, y el desencanto sucede al entusiasmo de la partida, por poco que se incline la índole de su génio á las teorías modernas, á los gustos, y aún á la moda de sus contemporáneos. El arte se le ofrece entonces bajo nuevo punto de vista, y se apresura á usar de su libertad, en pró de la independencia de su estilo, con lo que suele defraudar las esperanzas de los que soñaron en encaminar sus pasos como tutores perpétuos. Deja allá en su patria parientes, amigos, profesores, que esperan de él días de gloria por el camino de la severa experiencia, la discreción, las convicciones sistemáticas y aún las rancias preocupaciones, y halla en el nuevo centro á donde acude, nuevas ideas y nuevas y tentadoras perspectivas. Ansiosos aquellos por la suerte del principiante, de quien reciben con inusitada alegría la menor prueba de los progresos que realiza, no cesan de repetir sus encargos y sus consejos desde acá, recordando con instancia los compromisos contraídos, mientras el pensionado, en cambio, arrebatado por nuevo impulso, se esfuerza en olvidar lo que aprendió, y en trabajar conforme á su inclinación.

Esta es la historia de muchos, y esta fué la historia

de Fortuny, en cuanto se emancipó de la tutela de sus primeros años. No adquirió, sin embargo, su verdadera libertad de acción, de súbito y con sólo trasladar su caballete á Roma. Prolongóse todavía, á mi ver, el período de las vacilaciones y de los proyectos vagos é incoherentes hasta mucho más tarde, y este período es el que vamos á examinar casi de pasada.

Fortuny llegó á Roma el 19 de marzo de 1858, cuando aún no había cumplido veinte años y carecía por tanto del necesario discernimiento y la debida firmeza para fijar la meta de sus aspiraciones, y encaminarse á ella con paso seguro. Ni la educación que había recibido era completa, ni sus propósitos determinados. Iba todavía á Roma á proseguir su aprendizaje y cumplir al propio tiempo las obligaciones que le impusiera su título de pensionado por la Diputación de Barcelona (1).

(1) Hé aquí en qué consistían estas, según programa aprobado por la Academia provincial de Bellas Artes en 17 julio de 1856: En los 30 días siguientes al primer año de la pensión (que debía durar dos) el pintor estaba obligado á remitir á dicha Academia seis figuras dibujadas del natural, tamaño académico, otra al óleo, y la copia de un cuadro de autor clásico, y en el mes último de la pensión, otras seis figuras como las anteriores, y un cuadro al óleo, de dos metros, por uno y cincuenta centímetros, sobre asunto de la Historia de Cataluña.

La primera impresión que le causó la ciudad eterna fué ingrata. «Roma, — escribía á su abuelo el día siguiente de su llegada, — me ha producido el efecto de un vasto cementerio visitado por extranjeros» (1). Más tarde dirige á su distinguido profesor D. Claudio Lorenzale, otra carta que dice más sobre el estado de su ánimo de lo que intentara mi pluma. Hace notar, consignando sus primeras observaciones, que ha admirado más que todo los frescos de Rafael en el Vaticano, particularmente el *Parnaso*, la *Escuela de Atenas*, la *Disputa del Sacramento* y el *Incendio del Borgo*; pero que los otros maestros no le han producido la impresión que esperaba. Hé aquí la decepción de que hablé; decepción natural, casi siempre sentida, á la vista de obras ó espectáculos encomiados pomposamente ó con exceso. Como pintura, prefirió á todas las demás el retrato de Inocencio X, por Velázquez. Preciosa declaración que revela á las claras sus secretas simpatías. Entre tantos pintores célebres, Velázquez, que fué más tarde uno de sus ídolos, fija su atención más que otro alguno, y admira de su pincel el tan famoso retrato, cuyo mérito principal consiste en ofrecer la solución de un osado pro-

(1) Baron Davillier. — Fortuny. — Sa vie. — Son œuvre, — sa correspondance.

blema de colorido (1). Y decía más abajo que era necesaria gran prudencia para la elección de los estudios convenientes á cada uno, porque á causa de la misma cantidad de los medios disponibles, creía muy fácil retroceder, lejos de obtener buenos resultados. Le descorazonaba ver cuán pocos aprovechaban entre el gran número de pintores que «pasan meses enteros en las galerías copiando á los grandes maestros, y luego no saben dibujar una figura de memoria.» A mi ver, harto claro manifiesta el jóven pintor, bien que tímidamente, que consideraba de escasa utilidad el estudio de los clásicos, y era de presumir que lo abandonara. En las líneas siguientes, concediendo de paso un elogio á los pensionados alemanes, hace notar la aptitud de los españoles por los estudios del natural, á los que era tan aficionado.

Termina la carta dando cuenta de particular comisión, que sin duda le dió su profesor, y consistía en una visita al célebre Overbeck. Fortuny cumplió el encargo, pero hubo de renunciar á ver al *grande hombre*, como él le llama, porque estaba gravemente en-

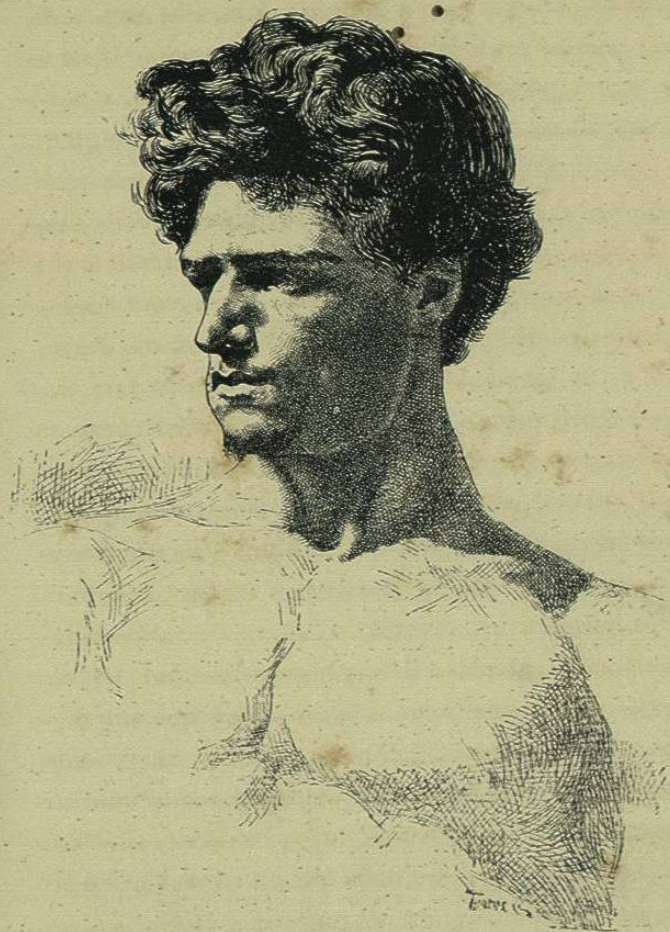
(1) Este retrato se halla en la Galería Dória, y es de 1648. Se reputa la mejor obra de la escuela española que existe en Italia.

fermo por aquellos días. Ignoro si volvió á visitarle, y aún si le conocería (Overbeck siguió viviendo en Roma hasta 1869, año en que falleció); mas sea de ello lo que fuere, parece ahora interesante ese dato, y agrada imaginár juntos y cara á cara á estas dos celebridades cuyo distinto génio y demás condiciones ofrece un contraste notabilísimo. Jefe de escuela el uno, rodeado de apasionados adoradores y ciegos adeptos; por jefe de escuela sería tenido el otro en el pequeño cenáculo de sus amigos, y no menos festejado é idolatrado en el mundo. El taller del uno, el taller de Overbeck era visitado en la época de la llegada de Fortuny á Roma, como una de las más notables curiosidades de las colonias artísticas; algunos años más tarde, el taller de Fortuny había de alcanzar los mismos honores. Declinaba Overbeck, moría su escuela, cuando el jóven pensionado que, trémulo de piedad y con la veneración del neófito llamaba á su puerta, iba á elevarse rápidamente. El primero ocupó la atención de Roma artística durante la primera mitad de nuestro siglo; el segundo había de arrebatárle esta gloria, quizás durante la otra mitad. Y con tan opuestas tendencias, con obras de tan diversa índole por cierto, que no es posible imaginar oposición mayor. No lo pensaría así, sin duda alguna, el mismo que le llamaba «este grande hombre,» cuando perplejo y vacilante aún sobre la senda que debía em-

prender, recorría recién llegado los museos de la capital, y soltaba los pinceles un breve rato para visitar al maestro, cuyas obras le sirvieron de modelo, y cuyo nombre había llegado hasta él antes que otro alguno.

Como indicó desde luego en su carta, la copia y estudio de los cuadros de los museos no le pareció desde luego lo más conveniente, ni lo más compatible con su vocación; y no tardó en emplear con mayor decisión y gusto su constante laboriosidad en el estudio del natural en la Academia *Gigi* de la *Via Margutta*. La acuarela, los dibujos á pluma, el ejercicio febril del lápiz en obras ligeras, en proyectos y esbozos tan pronto concebidos como abandonados, y cuyo número é importancia es imposible fijar ahora, absorbíanle más tiempo sin duda alguna que las composiciones serias y durables. Como en Barcelona, dividida su atención, compartidos sus esfuerzos, siéntese descontento y caviloso; atribuye poco valor á sus trabajos ligeros, bien que aún persistiera en la pintura de grandes cuadros. «En cuanto á los estudios que hizo en la Academia,—dice uno de sus amigos, Mr. D'Épinay al Baron Davillier (1),—tan poco era el valor que les daba que en su mayoría quedaban abandonados sobre su pupitre, y el propietario

(1) Davillier. — Obra citada.



Academia.

(DE LA PRIMERA PENSION DE FORTUNY).

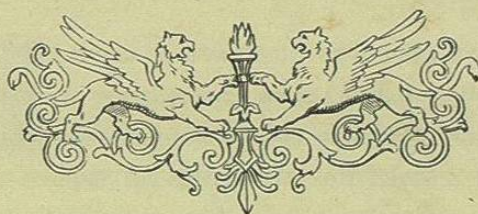
del establecimiento los pegaba á unos cartones ó á la pared, ó los rasgaba. En esta época vendía sus acuarelas (que nunca le parecían bastante buenas para la venta) por el precio de 100 francos.» Y sin embargo, aunque en su constante y secreta ansiedad de mayores perfecciones en tan poco los tuviera, estos trabajos debían dar la medida de su génio, é inclinarle lentamente á abandonar sus primeros propósitos.

Siguió inspirándose para sus cuadros en las páginas de la historia, ó en reminiscencias y recuerdos de las composiciones que había contemplado, como eran algunos asuntos mitológicos. De ello son prueba los cuadros de las *Nereidas*, la *Vista del Tiber* (1858), y la *Bacante* (1859). Persisten aún, en estas obras, las huellas de la primera enseñanza recibida, bien que se manifieste en ellas notable progreso. El vivo deseo de una imaginación juvenil, que osa abordar la ejecución de bellas concepciones, que ansía impresionar al espectador con dramáticas escenas, compuestas con cierta violencia, parece aún patente en la agrupación de las figuras, en sus actitudes, en la crudeza de los tonos y aún en el mismo dibujo, de trazos vigorosos pero rudos. Cabe estudiar semejante fase de su primer estilo, en las *Nereidas*, principalmente; este cuadro tiene algunos fragmentos bellísimos, sobre todo el paisaje que no carece de grata y poética vaguedad, pero sus figu-

ras, de modelado rudimentario y tosco, arguyen gran inexperiencia todavia. Tanto las *Nereidas* como la *Bacante* harto descubren la contemplacion de algunas antiguas obras de grandes autores, que se inspiraron en la mitologia, y gustaron de pintar el desnudo. En la *Vista del Tiber*, que á mi juicio aventaja á ambas, el color es más simpático y verdadero, con muchas de las sorprendentes cualidades que habian de dar fama á la paleta de Fortuny; el artista no se limita á reproducir el aspecto exterior del bello panorama, mas sabe imprimirle carácter, vida, fisonomía propia.

Estas son las obras más conocidas de los primeros años de su pension, que empleó en nuevos estudios, empeñado en conseguir estilo independiente, y en olvidar los preceptos que traia aprendidos, ó modificarlos en su aplicacion, robustecido su criterio con la contemplacion de las obras de los artistas, sus coetáneos, que trabajaban en Roma. Envió ademas, por entonces, su propio retrato de fotografia (en el cual puede vérsese de perfil, afeitado completamente el rostro, y el cabello á la romana), y un *San Mariano* que regalaba á su abuelo. Este falleció poco despues, en 19 marzo 1859, el mismo dia en que cumplia el año de la llegada de su nieto á Roma. Habia visto realizado su ensueño; su nieto estaba en Roma, y empezaba la carrera de sus triunfos. Como si terminada su gene-

rosa mision de ponerle en camino hubiese querido aún engrandecer su figura, aléjase de la escena, en el momento en que iban á resonar los aplausos.





V.

LEVABA Fortuny un año y algunos meses de permanencia en la Ciudad y adelantaba penosamente en sus estudios, ocupado en limar y romper las trabas que impusiera á su génio indócil la enseñanza académica. Sentíase, no obstante, vagamente inquieto, víctima de indefinible malestar, enfermo de aquella nostalgia que sobrecoge con frecuencia á los jóvenes artistas, allá á orillas del Tíber, en el período de su carrera, en que, fatigados por la monotonía de lo sublime que han contemplado con avidez, se esfuerzan en realizar sus locas ambiciones. En semejante estado viene á sorprenderle agradable nueva. Había estallado la guerra de África, y la Diputación de Barcelona propúsole un viaje al teatro de la

guerra; le escribe que abandone á Roma y se aviste con ella (10 enero 1860). Parte; llega á Barcelona. El espíritu público se hallaba poseído entonces de febril entusiasmo con motivo de aquel suceso. Segunda vez en lo que va de siglo, reaparece el génio español y los caracteres de nuestra raza, irritable y celosa de su honor, pronta á pedir reparacion de las ofensas, fascinada por la gloria de las armas, y amante del estruendo de las conquistas. España entera se aprestó á la lucha, y soñó de nuevo en rehabilitar su nombre á los ojos de Europa, en su mision en África, en reanudar su poema de la reconquista, con otras imaginaciones de este tenor á las que daban cuerpo así el gobierno como la prensa, y la misma opinion pública. Cada provincia de por sí quiso llevar al ejército su antigua bandera; asociar á las muertas glorias de su pasado, esta nueva gloria que deparó el presente. Cataluña, como todas. Salieron para el África voluntarios catalanes. Algunos periódicos habian nombrado sus corresponsales: algunos artistas salian para el campamento. Barcelona quiso mandar el suyo, aquel en quien siendo tan jóven habia cifrado tales esperanzas. Fortuny podia enorgullecerse de semejante distincion por tantos títulos honrosa, pues la Diputacion le tenia en tanto, que le ofrecia á la patria en momentos como aquellos en que la nacion entusiasmada ofrecia lo me-

jor; le tenia en tanto, que celosa de su gloria, asociaba su nombre á una empresa nacional que tomó en la imaginacion de muchos las proporciones de una epopeya.

Fortuny acudió al llamamiento, y salió de Barcelona el 2 de febrero con D. Jaime Escriu, y llegó el 12 á la Ria de Tetuan.

¡Especial destino el suyo! Pareció que la fortuna con el ardiente celo de amante apasionada preparó y combinó los sucesos para su gloria. Llega al África. No podia sobrevenir en su vida accidente más favorable á su porvenir. Se diria que acaeció la ruptura entre España y el Imperio Marroquí, para que el génio de Fortuny apocado, perplejo, ahogado en atmósfera que no era la suya, hallara al fin espacio, vasto espacio en que moverse, y saludara, bajo un cielo de fuego, á su verdadera musa; África. Por primera vez pudo entregarse el pintor, libre y desembarazadamente, á su especial vocacion; hallóse por primera vez árbitro de sí mismo. Suspiraba por la luz, por la brillantez fastuosa de los colores, soñaba en fin con el Oriente, y se hallaba en él. Habia mostrado desde niño especial inclinacion á los rápidos y ligeros bosquejos del natural, y vióse en condiciones para ejercitarse en este género, precisado á ello por la índole de los estudios que debia realizar, y aún por el fugaz y rá-

pido movimiento que imprimía la guerra á las escenas de aquel tremendo drama. No va á sorprender la raza marroquí, arrebuja en su albornoz, sentada con indolencia bajo el arco de herradura; no, tendida en el suelo, miserable y abyecta en la estúpida inmovilidad de los pueblos orientales; va á contemplarla, viviente, agitada, con el fuego de la pasión en el rostro, tendida sobre el caballo á escape, flotando sobre su espalda sus pintorescas vestiduras, armada de centelleantes armas, en los azares del campamento, en el tumulto de la plaza pública, bajo las movibles tiendas, abiertos de par en par los celados camarines, entre la pólvora de las batallas. Podía elegir los asuntos de sus composiciones, no en los libros, ni en su propia fantasía, sino en el escenario de la realidad, de una realidad riquísima en episodios interesantes y variados, ora patéticos y desgarradores como la lucha que se sostenía, ora animados y alegres como el espectáculo del campamento después de la victoria, ó la entrada triunfal de las tropas en la plaza rendida. En donde quiera que volviera los ojos surgía un grupo, una escena pintoresca; el más insignificante acontecimiento tomaba las proporciones de un drama y encerraba un concepto para la imaginación del poeta y del artista. ¡Iba acompañada aquella lucha de tales circunstancias! en suelo enemigo, bajo un clima in-

grato, con una raza feroz, inculta, salvaje. Y en el fondo de este cuadro vastísimo, como para inflamar más y más la inspiración del pintor, se agrupaba una nación entera, la patria, que había enviado allí á sus ejércitos á vengar su honra, y á sus escritores y artistas á perpetuar la venganza del ultraje; entre ellos, él, cuyas obras iban destinadas á la posteridad con el sello de la historia. ¡Cuántas y cuán poderosas causas de inspiración para un joven dotado de poderoso genio, y de la fe y el entusiasmo propios de aquella su hermosa edad!

En estas condiciones empezó Fortuny su tarea; veamos hasta qué punto supo aprovecharse de ellas.

Uno de los testigos presenciales de la guerra describe en estos términos el carácter y la vida de Fortuny en el campamento (1): «Casi siempre silencioso, nada comunicativo, pero sin tristeza ni mal humor, condescendiente, atento y benévolo... Fortuny vivía en medio de nosotros absorbido en fecunda contemplación, y solicitado de todos lados y á la vez, por los mil episodios, brillantes, pintorescos, inesperados y dramáticos que se desenvolvían ante él... Iba

(1) Iriarte. — Artículo biográfico, publicado en la Revista francesa: *L'Art*. 1875.

y venia por los campos con infatigable actividad, provisto de una gran cartera de papeles ligeramente teñidos, y en los cuales, con facilidad extraordinaria, fijaba siempre de paso y en pie cuanto veía, realizando sus dibujos con el lápiz blanco para obtener el relieve. En alguna de aquellas ocasiones, únicas en el mundo para un pintor, como el momento en que el Emperador de Marruecos se dirigía hacia nosotros con suntuoso aparato para firmar la paz, el artista desplegaba actividad silenciosa; todo le interesaba, los caballos, los tipos, los trajes, las armas, las raras vestimentas de la guardia negra. » Poco solícito por las comodidades, y lo que se llama ahora el *confort*, prefería á todo la vida libre y errante. «Odonnell—continúa Iriarte—nos designó por morada á Alarcon y á mí, despues de haber tomado á Tetuan, un palacio bello como la Alhambra. Ofrecimos hospitalidad á Fortuny, mas á él le eran necesarios los chiribitiles del barrio de los judios, las extravagantes y ennegrecidas cavernas donde se reunian los vencidos, la impresion de la calle, el espectáculo de la vida oriental, el episodio característico. Durante su permanencia en la ciudad, vivió al aire libre, ocupado en coleccionar los documentos que debian servirle para pintar sus primeros cuadros importantes; se limitó á reproducir el bello patio blanco de nuestra vivienda, cuyos muros se hallaban adornados de azu-

lejos. » La viva curiosidad que sentia por las costumbres marroquíes, y el entusiasmo de que estaba poseido, el deseo de ver, de estudiar, de escudriñar cuanto se referia á aquella raza, llevaronle á excursiones y arriesgadas correrías que le causaron en alguna ocasion más de un sobresalto, así como en otras le pusieron en inmediatas relaciones con los enemigos.

El resultado visible de este primer viaje de Fortuny fué una rica y variada coleccion de cróquis, apuntes y bocetos al óleo que con los datos, trajes, armas y objetos artísticos que pudo recoger debian servirle para la pintura de los cuadros históricos de aquella guerra; mas para su propio génio el resultado fué mucho mayor todavía, y parece más interesante su estudio.

Fortuny en esta coleccion de cróquis y apuntes atendió ante todo á la reproduccion exacta de la naturaleza. Pudo notarse por primera vez que los hechizos de la forma y el espectáculo exterior le preocupaban mucho más que los episodios interesantes y conmovedores que se imponen al ánimo, y aunque llevado del deseo y la obligacion de perpetuar hazañas y trasladar al lienzo acciones heroicas, pareció siempre primordial é instintivamente arrebatado por los elementos materiales de la composicion, que no por la grandeza é interes del conjunto de los espectáculos que pre-

senciaba: ya veremos más adelante cómo le impresionaron más que los de la lucha, los que revelaban el carácter y las costumbres propios de los marroquíes. Tales elementos son los que supo apropiarse con facilidad, acierto y energía pasmosas: los tipos, los trajes, la arquitectura, el paisaje, la luz, las tintas y tonos peculiares de aquella comarca esencialmente pintoresca. Enriqueció su paleta con incalculables tesoros; adquirió con el ejercicio mayor firmeza y soltura en el dibujo. Pareció que el pintor poseía el maravilloso don de fijar en la tela, de un modo permanente é inalterable, la imagen fugaz que se desliza por la azogada superficie de un espejo.

Cuando volvió á Barcelona, fué generalmente admirada tan rica copia de materiales, mas nadie, ni áun el mismo autor tal vez, sospechó entonces cuán diferente del pretendido debía ser en gran parte el empleo que de ellos se hiciera.

Algunos observaron en aquellos cróquis ciertas incorrecciones propias de la inexperiencia y de la excesiva fogosidad con que el artista ejecutaba. En Roma, entre sus compañeros y amigos, la admiración que causaron fué más viva y explícita, y harto conocidas son las frases con que la recordó á su muerte el pintor Vertunni, las cuales corren apuntadas en algunas biografías: « Dificil es expresar la sorpresa que causaron

sus estudios hechos sobre el campo de batalla... Cuando salió de aquí, era un simple discípulo; despues de breve ausencia, volvió convertido en artista completo. »

